

# Villa de Tunte

**1848-1894**

Muestra de lectura - Prólogo y primeros capítulos

## **Una invitación a recorrer la historia**

Le invitamos a entrar en la Villa de Tunte de la segunda mitad del siglo XIX y recorrer, junto a sus habitantes, algunos de los años que transformaron para siempre este rincón de Gran Canaria.

Por estas páginas pasarán personajes que dejaron su huella en la historia de las islas: el padre Claret, los hermanos León y Castillo, el doctor Chil, Víctor Grau-Bassas, Olivia Stone y tantos otros. Pero caminarán junto a ellos hombres y mujeres cuyos nombres apenas llegaron a los documentos: campesinos, arrieros, sacerdotes, secretarios, maestros, jornaleros y familias enteras que vivieron las epidemias, las sequías, las distancias y la lenta llegada del progreso.

La historia discurre por caminos que todavía existen, entre Tunte, Cruz Grande, los Llanos de la Pez, Fataga y Maspalomas; entra en sus casas, en la iglesia y en el Ayuntamiento, y acompaña a una sociedad que comienza a cambiar mientras Canarias también se transforma.

Los capítulos que siguen son solamente el comienzo del recorrido.

**Entre. La historia continúa camino adelante.**

# PRÓLOGO

## *Antes de que el camino tuviera nombre*

### **I — Claret en Tirajana, 1848**

Antes de que la peste cerrara las puertas de la isla, antes de que el miedo caminara por las veredas con la cara tapada, antes de que dos jesuitas llamaran a una casa de Teror buscando amparo, hubo en Tirajana una visita que el pueblo guardó en la memoria como se guarda una brasa debajo de la ceniza.

Fue en 1848.

En el mismo año en que nacía en Teror Antonio Yáñez, el misionero subía por el barranco de Tirajana vestido con hábito pobre, de lana oscura, áspera, gastada por el roce del viaje. Calzaba sandalias de cuero. No traía carruaje ni aparato de autoridad. No venía precedido por música ni por comitiva solemne. Subía a pie, con el cuerpo sometido al polvo del camino, como subían los pobres, los penitentes, los arrieros y los hombres que no tenían más lujo que llegar.

Era Antonio María Claret, pero en la boca del pueblo ya empezaba a ser otra cosa: el Padrito.

El barranco no era camino fácil. Allí la tierra parecía abierta por una mano antigua: paredes secas, piedras calientes, tabaibas agarradas donde podían, el eco del agua ausente, el sol golpeando con una claridad dura.

Cada recodo exigía respiración. Cada subida obligaba a bajar la mirada al suelo. El santo no caminaba sobre una estampa, sino sobre piedra viva.

Primero llegó a Santa Lucía. La noticia había corrido antes que él. En los pagos se hablaba de aquel fraile pe-

queño, de palabra encendida, que no predicaba desde la distancia sino desde una cercanía que desarmaba. Decían que miraba a la gente como si ya la conociera; que hablaba del pecado sin humillar; que pedía conversión sin despreciar la miseria; que no usaba la fe como vara de castigo, sino como llamada.

Desde Santa Lucía siguió hacia Tunte. Y entonces ocurrió algo que no pertenece solo a la historia, sino a esa memoria profunda de los pueblos cuando sienten que algo los convoca por dentro. La Caldera pareció responder. Desde los pagos comenzaron a llegar hombres, mujeres, viejos, muchachos, madres con niños en brazos, pastores, arrieros, campesinos que dejaron lo que estaban haciendo porque una palabra más alta que la costumbre los llamaba hacia el pueblo.

No era una multitud de ciudad, sino la montaña entera acercándose.

Venían desde casas apartadas, desde laderas, desde cuevas, desde caminos que solo conocían quienes los habían pisado desde niños. Algunos traían flores. Otros traían promesas. Otros venían sin nada, solo con la necesidad limpia de escuchar. Había quien había caminado desde antes del amanecer. Había quien llegaba sudado, con los pies doloridos, con el sombrero en la mano, como si entrar al pueblo aquel día exigiera hacerlo con respeto.

Tunte se llenó. Se llenaron las inmediaciones de la iglesia, las calles estrechas, los rincones de sombra, las puertas de las casas. Las mujeres prepararon agua, paños, flores, comida sencilla. No era adorno: era hospitalidad antigua. Cuando el Padrito llegó, algunas se arrodillaron para limpiarle el polvo de los pies. Él se resistió con humildad, pero ellas insistieron con esa terquedad tierna de los pueblos que saben cuándo un gesto vale más que un discurso.

No limpiaban solo el polvo de un caminante. Reconocían el esfuerzo de quien había venido hasta ellos.

Aquella misión no fue únicamente sermón. Fue un movimiento del alma colectiva. Durante los tres días que el Padrito estuvo en Tunte, el pueblo respiró junto. Hubo silencios densos, de esos que no nacen del miedo sino de la atención. Hubo llanto contenido. Hubo confesiones largas. Hubo reconciliaciones que no quedaron escritas. Hubo hombres duros que evitaron mirarse a los ojos al salir. Hubo mujeres que volvieron a sus casas con una paz extraña, como si alguien hubiera tocado una herida antigua sin hacerla sangrar.

Claret hablaba, pero también escuchaba. Eso fue lo que Tirajana entendió. No era un predicador que pasara sobre el pueblo. Era un hombre que se dejaba atravesar por él. Y el valle, que conocía el aislamiento, el hambre seca, la distancia de la capital, los pleitos menudos, las enfermedades, las noches de viento y la dureza de sobrevivir entre riscos, recibió aquella presencia como se recibe una lluvia breve después de meses de cielo vacío.

Durante aquellos tres días, Tunte no fue un punto perdido en la montaña. Fue centro. Fue lugar elegido. Fue caldera encendida, no por fuego de volcán, sino por una misma respiración compartida.

En algún momento de aquella misión, después de entregar a la iglesia y al pueblo, en señal de agradecimiento por su inolvidable recibimiento, la cruz de madera que portaba a su llegada; caminaba hacia Tejeda entre el gentío que lo seguía y el rumor encendido de la Caldera; el misionero se detuvo ante la devoción de Santiago del Pinar. Afuera lo esperaba el pueblo: un murmullo de cuerpos, sombreros, pañuelos, niños inquietos, promesas y polvo. Dentro quedaba una respiración más antigua.

Claret oró. Y quizá comprendió algo sencillo: aquel santo no podía permanecer lejos de quienes lo buscaban

con tanta hambre espiritual. El santo debía bajar al pueblo.

Nada más. Un pensamiento corto, limpio, casi práctico; pero de esos que, cuando nacen en el silencio, terminan moviendo la historia.

### *La bajada del santo*

Sacar a Santiago del Pinar no fue una procesión limpia ni una fiesta ordenada. Fue una decisión dura. Nueve meses después de que el santo misionero orara en la Ermita del Pinar. Un veinte y siete de septiembre del 1849.

El párroco subió con la orden del obispo Codina. No iba solo. Lo acompañaban varios hombres del pueblo, agrupados en torno a aquella obediencia que unos entendían como necesidad y otros como despojo.

También iba una pequeña patrulla militar: cuatro hombres armados, mandados más para contener que para combatir, aunque en los pueblos basta ver un fusil para que la palabra autoridad cambie de peso.

En el Pinar ya los esperaban. La noticia había corrido antes que ellos.

Hombres y mujeres se juntaron cerca de la ermita con el rostro cerrado, los brazos cruzados, la rabia mezclada con devoción. No defendían una talla como quien defiende un objeto. Defendían años de rezos, promesas, romerías, cosechas, enfermedades y miedos puestos bajo la mirada de aquel Santiago antiguo.

—De aquí no baja —dijo una mujer.

No gritó. No hizo falta.

El párroco intentó hablar. Habló de obediencia, de la voluntad del obispo, de la conveniencia de que el santo estuviera en el corazón del pueblo, más cerca de todos, más cuidado, más acompañado por la feligresía. Pero las razones, cuando llegan tarde, suenan a imposición. Y

aquel día cada palabra parecía echar más leña al disgusto.

Los hombres enviados para cargar la imagen entraron en la ermita.

Dentro olía a madera vieja, cera fría y humedad de piedra. Al tocar el anda, el murmullo de fuera creció como una barranquera.

—¡No lo muevan!

—¡Es del Pinar!

—¡Al pueblo tiene que bajar!

Los primeros empujones empezaron en el umbral. Una mano se agarró al madero. Otra tiró del brazo de uno de los cargadores. El santo se ladeó apenas, lo justo para que todos sintieran el espanto de verlo caer. Entonces ya no hubo sermón posible. Hubo manos, voces, cuerpos cerrando el paso, hombres intentando abrirlo, mujeres llorando de rabia y de fe.

La patrulla se adelantó. El militar más joven, quizá asustado por el remolino de cuerpos, quizá incapaz de distinguir entre amenaza y barullo, levantó el fusil. El tiro sonó seco en el aire. Durante un instante, la montaña entera pareció callarse.

Las mujeres se quedaron inmóviles. Los hombres soltaron brazos y camisas. Algún niño lloró. El humo breve del disparo subió por encima de las cabezas como una vergüenza. No hubo sangre, pero algo se rompió.

Hasta los que querían bajar al santo comprendieron que aquella orden acababa de atravesar una frontera.

El párroco miró al soldado.

—¡Baje el arma!

El muchacho obedeció, pálido.

Pero el silencio ya estaba hecho. Y en ese silencio los cargadores ajustaron el peso, afirmaron las manos bajo el anda y empezaron a mover la imagen hacia la salida.

La mujer que había hablado primero caminó detrás, llorando sin ruido, con la mano rozando todavía el madero.

—Se lo llevan —murmuró—. Se lo llevan.

Nadie le contestó.

El sendero obligaba a bajar despacio. Un resbalón podía convertir la disputa en desgracia. Los hombres que cargaban ya no discutían. Respiraban corto, mirando al suelo, midiendo cada piedra. Los del Pinar seguían detrás, vencidos pero no conformes. Los del pueblo abrían paso con la tensión todavía metida en los hombros. Los cuatro militares caminaban a un lado, incómodos, conscientes de que su presencia había servido para imponer orden, pero también para dejar memoria.

Santiago bajó. No bajó entre cantos limpios ni campanas alegres. Bajó entre polvo, rabia, obediencia, miedo y devoción partida. Bajó porque lo mandaba el obispo, porque el párroco cumplió la orden, porque el pueblo de Tunte lo quería en su iglesia y porque el Pinar, aun resistiendo, no pudo retenerlo.



*La bajada del santo, 1849*

Cuando la imagen entró en Tunte, algunos se santi-guaron. Otros callaron.

Hubo quien lloró de alegría y quien lloró de pérdida. Nadie podía decir todavía qué significaba aquello, pero todos comprendieron que no era solo un traslado.

Santiago entraba en el corazón del pueblo. Y con él entraba también una herida.

La pobreza no iba a desaparecer por tener al santo más cerca. Los caminos seguirían siendo malos. La Cal-dera seguiría encerrada entre riscos.

Pero desde aquel día Tunte tuvo en su iglesia una ima-gen que no había bajado sin lucha. Y quizá por eso mismo su presencia pesó más: porque no representaba una de-voción tranquila, sino una centralidad conquistada entre obediencia, resistencia y memoria.

Muchos años después, una mirada inglesa entraría en aquella iglesia y vería allí al santo. Olivia Stone anotaría

lo que vio sin saber aún que aquella imagen, aquel pueblo y aquella casa abierta pertenecían a una misma historia.

Pero esta historia no empieza con una viajera, aunque sea ella quien al final encuentre las palabras para contarla. Empieza antes, cuando la isla cerró sus caminos y la muerte subió también hacia los pueblos altos.

# **PARTE 1**

*La isla herida · 1848-1868*

## **Capítulo 1 — El año en que la isla cerró sus caminos**

Antes de hablar de José y Antonio Yáñez Melián, conviene detenerse. No por ellos todavía, sino por los muertos. Por los que no dejaron retrato, ni testamento, ni descendencia que pronunciara su nombre siglo y medio después. Por los que cayeron en Las Palmas cuando la ciudad, capital administrativa de la isla, empezó a vaciarse de pasos y a llenarse de miedo.

Por las madres que enterraron hijos. Por los hijos que no pudieron despedir a sus padres. Por los pobres que no tenían casa a la que huir. Por los médicos agotados. Por los curas que entraron donde otros no se atrevían. Por los sepultureros vencidos. Por las campanas que sonaron demasiado.

En junio de 1851, Gran Canaria conoció una de esas desgracias que parten la memoria de un pueblo en dos. El cólera morbo llegó como llegan las calamidades verdaderas: primero como rumor, después como noticia, finalmente como presencia. Lo que al principio parecía una amenaza lejana se convirtió pronto en enfermedad, muerte, cuarentena, aislamiento y hambre. La isla cerró comunicaciones. Los puertos quedaron vigilados. Los caminos fueron mirados con sospecha. Los pueblos se encerraron sobre sí mismos. La capital dejó de ser centro seguro y se convirtió en foco de espanto.

Quien pudo marcharse, marchó. Quien no pudo, resistió. Y muchos no resistieron.

Durante seis meses, Gran Canaria vivió bajo una sombra común. La enfermedad no distinguió del todo entre casas pobres y casas principales, aunque siempre, como ocurre en las desgracias, los más débiles pagaron más. Hubo familias que se refugiaron en los pueblos altos.

Hubo casas que abrieron habitaciones. Hubo labradores que compartieron frutos. Hubo curas, religiosos y gentes de bien que hicieron lo que pudieron cuando ya no bastaban los rezos y aún no alcanzaban los remedios.

Teror, capital espiritual de la isla, recibió parte de aquel éxodo.

Alrededor de la Basílica del Pino, entre curatos antiguos, casas de verano, familias acomodadas, huertas, caminos húmedos y devoción mariana, el pueblo se convirtió en refugio. No en refugio sin miedo, porque el miedo también subió por los caminos; pero sí en lugar donde la isla buscó amparo, techo, alimento y consuelo.

### *Camino de Teror*

Los dos jesuitas subían despacio camino de Teror. Al pasar por el barrio de San José, la calle olía a vinagre y a miedo. No había gente, solo puertas entreabiertas, miradas ocultas y ese silencio que no es calma, sino espera. Al fondo, una mujer gritó un nombre una sola vez, sin repetirlo.

Los hombres llegaron a una casa sin correr, pero sin pausa. La puerta estaba abierta. Dentro, el calor era otro. Un muchacho yacía en la cama, doblado sobre sí mismo, con espasmos cortos y una piel que ya no pertenecía del todo a la vida. La madre lo sostenía, intentando incorporarlo como si aún pudiera retenerlo.

—No lo toquen —dijo ella, sin apartarse.

—Hay que aislar la casa —respondió uno.

—Es mi hijo.

Nadie discutió eso, pero tampoco se detuvieron.

—¿Cuánto lleva así? —preguntó un hombre mayor.

—Desde anoche.

El silencio fue peor que la respuesta. El muchacho volvió a convulsionar; la madre se inclinó sobre él, murmurando.

—Tenemos que cerrar —dijo el primero, ahora más bajo. —Si cierran, se muere —respondió ella.

Un vecino apareció en la puerta.

—En la otra calle hay otro. Y uno más abajo.

Las palabras apretaron la decisión.

—Si no cerramos, esto no para —añadió el mayor.

—Si cierran, no lo vuelvo a ver —replicó la madre.

Ahí hubo una duda breve, pero no duró. Dos hombres avanzaron y le sujetaron los brazos, separándola lo justo. Ella gritó y, al zafarse, rasgó la camisa de uno; la tela cedió de lado a lado, pero nadie se detuvo.

—¡Déjenlo!

No lo hicieron. Cubrieron al enfermo, buscaron la cuerda y la puerta empezó a cerrarse.

—¡Un momento! —pidió ella, ya sin fuerza—. Solo un momento.

No se lo concedieron. La sacaron al umbral. La madera golpeó al cerrarse y el cerrojo cayó con un sonido seco. Desde dentro se oyó un movimiento breve. Luego nada.

La mujer se quedó de pie frente a la puerta, sin golpearla. Solo apoyó la frente en la madera.

—Váyase —dijo uno de los hombres, bajando la voz.

La calle volvió al silencio, pero a un silencio en guardia.

Los dos padres siguieron su camino. No caminaban solos. Aquel año nadie parecía caminar solo, aunque cada cual llevara su miedo metido en el pecho. Por la vereda

pasaban burros cargados con baúles, mantas, cestos, colchones doblados y jaulas de aves; pasaban caballos con señoras vestidas de oscuro, hombres principales que miraban poco a los lados, criados sudorosos, niños dormidos sobre fardos, algún sacerdote de porte distinguido y rostro cerrado, familias enteras que habían salido de Las Palmas buscando el aire más limpio de los altos.

La isla se había puesto en movimiento no por fiesta ni por comercio, sino por espanto. Uno de los padres, el más joven, se apartó para dejar pasar a una bestia cargada hasta lo imposible. El animal resopló, y una mujer, desde la montura, apretó contra sí una arqueta pequeña, como si dentro llevara lo único que no podía perder.

—La ciudad se está vaciando —dijo el joven.

El otro no respondió enseguida. Miró el camino, los rostros, las manos aferradas a los bultos, las bocas secas de tanto polvo.

—Se vacía la ciudad —contestó al fin—, pero no la desgracia. Esa sube también.

Siguieron andando. Hablaban poco, con esa voz baja de quienes han visto demasiado en pocos días. Habían oído de casas cerradas por dentro, de enfermos sin auxilio suficiente, de campanas cansadas, de sepulturas abiertas con prisa, de médicos vencidos, de pobres que no podían huir porque ni siquiera tenían dónde llegar.

También sabían que en los pueblos altos algunas familias abrían cuartos, repartían grano, prestaban camas, acogían parientes lejanos y aun desconocidos cuando la conciencia apretaba más que el miedo. Pero abrir una puerta aquel verano era una decisión grave.

En Teror, al acercarse a la iglesia, el murmullo del camino cambió de tono: el tránsito se iba volviendo llegada. Había gente sentada junto a las paredes, mujeres esperando noticias, hombres consultando en voz baja, algún muchacho llevando recados entre la plaza y las casas. La

Basílica del Pino parecía sostener el centro de aquella inquietud, no como refugio seguro, sino como lugar donde el miedo se volvía oración.

Los dos padres se detuvieron un momento. Uno de ellos se descubrió la cabeza. El otro miró hacia la puerta del templo y respiró hondo, como si necesitara ordenar por dentro lo que traía del camino.

Entonces apareció un monaguillo. Era un muchacho delgado, de ojos vivos, acostumbrado a moverse sin hacer ruido entre sacristía, plaza y casas principales. Miró a los religiosos, bajó apenas la cabeza y dijo: —Me mandan que los lleve.

—¿A dónde, hijo?

—A casa de D. Carlos Yánez.

Los padres cruzaron una mirada breve. No preguntaron más. El monaguillo echó a andar por la calle, y ellos lo siguieron entre puertas entornadas, ventanas discretas y olor a grano guardado. Teror no los recibía con alboroto. Los recibía como se recibía aquel año: con caridad vigilada, con miedo contenido, con una esperanza pobre puesta en que todavía hubiera casas capaces de abrir.

Al fondo, en la calle de la Herrería, los esperaba la casa de D. Carlos Yánez Melián.

## **Capítulo 2 — La casa de D. Carlos Yáñez Melián**

La casa de D. Carlos Yáñez Melián y doña María del Rosario no era una casa cualquiera. Era una de esas viviendas canarias donde la familia, la tierra y la memoria se confunden bajo un mismo techo: muros gruesos, patios interiores, madera vieja, habitaciones frescas, almacenes, olor a grano, herramientas de labranza, animales cerca, huertas trabajando siempre y esa autoridad silenciosa de las casas que no vivían solo de apariencia, sino también de producción.

Los Yáñez no eran pobres. Eran labradores acomodados, con tierras, animales y huertas en Teror, y vínculos familiares con Valleseco, en la zona de Madrelagua.

En aquella casa, durante la epidemia, fueron acogidos dos padres jesuitas: hombres de oración, letras y disciplina que, en aquellos meses de necesidad, también se doblaron a la huerta y a la argamasa.

No eran santos lejanos. Eran hombres que rezaban al amanecer, leían, enseñaban, ordenaban papeles y hablaban de Dios, pero también bajaban a la tierra cuando había que ayudar. Sabían que, en tiempos de cólera, la caridad no podía quedarse encerrada en el incienso. Había que repartir alimento, acompañar a los enfermos, sostener el ánimo de las familias, trabajar los cultivos, recoger lo que la tierra daba y ponerlo al servicio de una comunidad golpeada.

Su casa no pasó la miseria de otras, porque tenía huertas, animales y organización. Por eso pudo ayudar. La epidemia transformó la supervivencia en responsabilidad: lo que se recogía de la tierra ya no era solo para la mesa familiar. Una parte se compartía, en ese reparto

silencioso que en aquellos meses unió a las casas con recursos, los curatos antiguos y las familias labradoras.

Allí estaban José y Antonio. José tenía siete años. Antonio, tres. José miraba a los padres con una atención impropia de su edad. Le fascinaban los libros, las palabras latinas, el orden del rezo, el gesto medido, la solemnidad sencilla de aquellos hombres que parecían vivir entre dos mundos: el de Dios y el de la tierra. Antonio iba detrás de José. Donde iba José, iba Antonio. Si José se detenía en el patio, Antonio se detenía. Si José se acercaba a la huerta, Antonio lo seguía. Si José escuchaba a los religiosos, Antonio miraba sin comprender del todo, pero sintiendo que su hermano mayor estaba entrando en una zona de respeto.

Una tarde, mientras la casa permanecía en esa quietud vigilante de los días de epidemia, José se quedó junto a Antonio en un rincón del patio interior. El pequeño lo miraba como miran los niños menores a quien les parece capaz de explicarlo todo. José había escuchado por la mañana a uno de los padres jesuitas entonar un rezo en voz baja, casi cantado, con aquella cadencia antigua que no se parecía a las canciones del pueblo ni a las voces de la calle. No entendía todas las palabras, pero las había retenido: el tono, la pausa, la manera de respirar antes de cada frase.

Antonio le pidió que lo repitiera. José, al principio, se hizo rogar. Luego cerró un poco los ojos, como había visto hacer al padre, y empezó a imitar el canto. No lo hizo por burla ni por juego. Lo hizo con una seriedad de niño que impresionaba más que cualquier solemnidad aprendida. La voz le salió limpia, clara, melodiosa, todavía infantil, pero con una afinación natural que llenó el patio sin esfuerzo.

Antonio quedó embobado. No sabía qué significaban aquellas palabras, pero sabía que venían de su hermano, y eso bastaba para convertirlas en algo importante. José

cantaba y Antonio escuchaba como si la casa entera se hubiera detenido.

Uno de los jesuitas, que pasaba por el corredor, se paró sin hacer ruido.

No interrumpió. Dejó que el niño terminara. Después se acercó despacio y miró a José con una atención nueva.

—¿Quién te enseñó eso?

José bajó la vista, algo avergonzado.

—Lo oí esta mañana, padre.

El jesuita no sonrió de inmediato. Primero midió la respuesta. Había en aquel niño oído, memoria, recogimiento y una voz que no repetía sólo sonidos, sino intención. Luego le puso una mano en el hombro.

—Entonces habrá que enseñarte a escucharlo mejor.

Aquel gesto no decidió una vida por sí solo. Las vocaciones no nacen de una frase ni de una tarde. Pero desde entonces José empezó a ser mirado de otra manera. No solo como un niño aplicado de buena casa, sino como alguien que podía entrar en la música de la Iglesia, aprender sus tonos, sus latines, sus silencios, su orden. Antonio, que lo había visto primero, lo guardó para siempre: su hermano mayor no solo sabía rezar; sabía hacer que el rezo sonara.

Todavía no sabían que aquel año terrible iba a marcar sus vidas. No sabían que la muerte que cerraba caminos abriría, dentro de aquella casa, una vocación. No sabían que los religiosos acogidos durante la epidemia, los rezos de madrugada, el latín escuchado en voz baja, el trabajo de las huertas, el reparto de alimentos y la presencia silenciosa de una abuela protectora iban a sembrar en ellos dos destinos distintos: escuela de fe para uno, escuela de tierra para el otro.

José no entendía la enfermedad, pero sí entendía el miedo de los mayores. Veía rezar de otra manera. No eran los rezos tranquilos de los días ordinarios ni la oración repetida por costumbre. Eran rezos apretados, dichos con los labios secos, con la muerte cerca y el oído pendiente de cualquier llamada. Aquel niño de ojos verdes comprendió, sin poder explicarlo todavía, que ante ciertas desgracias los hombres se arrodillaban no por debilidad, sino porque ya no tenían otra defensa.

Muchos murieron aquel año. En 1851, antes de que José Yáñez Melián caminara hacia el altar, antes de que Antonio Yáñez Melián llegara a Tunte, antes de que el Paso de la Plata empezara siquiera a soñarse como obra posible, Gran Canaria tuvo que mirar de frente a la muerte.